

HERIKBERTO M.Q.

EL HOMBRE DEL TRAJE BLANCO

El accidente



HERIKBERTO M.Q.

EL HOMBRE DEL
TRAJE BLANCO

El accidente

ANAYA

© Del texto y las ilustraciones: Herikberto M. Q., 2009
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.^a edición, octubre 2009

ISBN: 978-84-667-8500-6
Depósito legal: BI-2529-09
Impreso en Grafo, S. A.
Avda. Cervantes, 51
48970 Basauri (Vizcaya)
Impreso en España - Printed in Spain

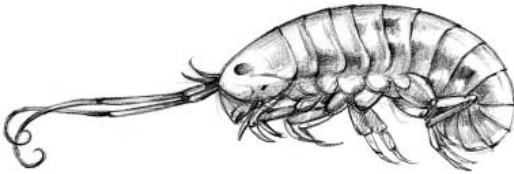
Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mis padres, que siempre me apoyaron
para que llegara a ser lo que soy,
un dibujante de la naturaleza.*

I

Mi nombre es Erik, aunque todo el mundo me llama Bug. El apodo es fruto de mi afición por los bichos. Cuenta mi madre que cuando tenía dos años dormía agarrado a un frasco de penicilina, que en su interior guardaba pulgas de playa, mi juguete favorito.



Nací en Ourense, una provincia situada al noroeste de España, un país soleado de Europa. Aunque me gusta más considerarme un habitante del planeta Tierra. Este pequeño planeta del Sistema Solar está situado en uno de los brazos espirales de una galaxia que contiene más de cien mil millones de estrellas, la Vía Láctea. Digamos que vivo en un pequeño barrio de la Vía Láctea, ya que existen más de cien mil millones de galaxias en el universo.

También podría presentarme de otro modo: hola, soy un ser vivo, un ser humano, y pertenezco a la química del carbono. Mi biología fundamental es: ADN y ARN, mamífero sexual placentario, endodermo (de sangre caliente), respiro oxígeno a través de pulmones. Soy bípedo, camino sobre dos patas. Tengo dos brazos con manos manipuladoras y una cabeza en la parte más alta del cuerpo, en donde tengo situado un cerebro que está dividido en dos hemisferios. Pertenezco a una especie que misteriosamente ha alcanzado la conciencia de sí misma. Además, puedo comunicarme a través de un lenguaje estructurado y, emitiendo sonidos, soy capaz de decir mi nombre: hola, soy Erik, aunque todo el mundo me llama Bug.

Cuando era niño me apasionaba dibujar los animales más que las personas. Me atraían especialmente los insectos. Los observaba con detenimiento y realizaba más tarde infinidad de dibujos.



Durante casi todo el año vivía en una gran ciudad, Madrid, un lugar con pocos árboles, lleno de casas rectangulares, repletas de ventanas rectangulares. Todo era rectangular: las camas, las lavadoras, las neveras, las cocinas, los suelos, las cajas, la televisión, las maletas. Incluso, en los años setenta, hasta los coches eran rectangulares. Sí, a este mamífero vertebrado que es el hombre, lo que más le gustaba era el rectángulo. Me di cuenta de esta «invasión rectangular» observando mi acuario. Sin embargo, los peces eran curvos y se desplazaban sinuosamente proyectando curvas invisibles en el agua. Aquel día descubrí que casi todo en la naturaleza era curvo: los pájaros, las ballenas, los topos, las serpientes, los huevos, los dinosaurios, los árboles, las células, los insectos; incluso el cerebro con el que yo pensaba era curvo. Todo menos los minerales. Así que el ser humano, este ser del planeta Tierra, estaba pasando por una fase estética, evolutiva y filosófica, mineral, cúbica y rectangular. Adoraba las esquinas y las líneas rectas. Eso pensaría un ser que viniese de otro mundo.

El invierno era largo y la única cosa que me apetecía en los días fríos, después de regresar del colegio, era sentarme frente al acuario y soñar. Esperar con impaciencia que llegara el verano, cuando mi familia se trasladaba al norte, a Galicia, a un pequeño pueblo pescador que se llama A Guardia. Un lugar extraordinario y hermoso, rodeado de grandes montañas, donde había una rica vegetación y los árboles eran gigantescos. Desgraciadamente todos esos parajes han cambiado debido a los incendios y a las catástrofes provocadas por el hombre. Donde yo fui feliz atrapando bichos, ahora solo se ven casas y las rocas de la costa están cubiertas de chapapote. Pero lo más triste es que ya no se ven mariposas, fueron desapareciendo exterminadas por

los pesticidas. Mis ojos se nublan al recordar los campos inundados de libélulas y mariposas en aquel escondido paraíso.

Aquellas pequeñas selvas eran frecuentadas por curiosos animales. Para un niño se convertían en mágicos juegos naturales. Tal era mi atracción al observarlos que, de la emoción, me temblaban las manos, el corazón bombeaba más deprisa y mis pupilas de cazador se dilataban como si fuera un gato. Mi ansiedad era tan grande que corría por los campos persiguiéndolos con auténtica pasión. Allí podía encontrar, escondidas entre los nenúfares, resbaladizas ranas que lanzaban su larga lengua a frágiles libélulas que destellaban su color azul turquesa rozando el agua. Había tritones, renacuajos y pequeños peces, que eran vigilados desde los árboles por pájaros hambrientos. También, entre la espesura verde, se escondían saltamontes, escarabajos, topos, culebras y mil bichos de muchas clases y colores. Por otro lado teníamos el océano azul, el Atlántico, donde se podían encontrar fascinantes seres. Había camarones, cangrejos, estrellas de mar, algas, peces y pequeños alevines que veíamos, en cuclillas, cómo escapaban de nuestras manos en los chispeantes y transparentes charcos de las rocas.

En los días cálidos de verano, mi hermano Javier, mi amigo Cheché «coge bichos» y yo, nos internábamos en las frondosas selvas de helechos y maizales atrapando cualquier ser que apareciera delante de nuestros expectantes ojos. Allí me sentía realizado, mi cuerpo vibraba de alegría. El lenguaje de la naturaleza era coherente e integral. Al caminar, notaba cómo debajo de mis sandalias crujían las hojas secas que se acompasaban con los cantos de los cuervos, las cigarras y el rumor del aire entre los pinos. Por mis na-

rices desfilaba una sinfonía de olores. Todavía puedo sentir el rezumante olor a aceite que te impregnaba cuando capturabas un insecto. Soy capaz de escuchar el mágico sonido que producía la tapa de metal al friccionarse con el cristal cuando lo introducía en un frasco.

Podíamos pasar horas esperando impacientes que un lagarto verde azulado saliera de su madriguera a tomar el sol. Esperábamos encaramados en las rocas y nos lanzábamos con los ganapanes, una especie de cazamariposas, cuando veíamos la menor oportunidad. Ese momento lo vivíamos con gran emoción, sudores y algo de miedo. Hasta que el bicho era introducido en una nevera portátil. Cuando por fin acababa la operación dábamos gritos histéricos seguidos de saltos y abrazos. Nos sentíamos como auténticos cazadores prehistóricos.

Más tarde regresábamos a casa, nos sentábamos en el soportal frente al mar y observábamos con orgullo el gran número de especímenes capturados. Entonces, el sol desaparecía en el horizonte y una extraña calma invadía el paisaje. Quedaba todo en silencio. Después, los primeros grillos anunciaban la noche avisando a los murciélagos que las farolas estaban encendidas, rebosantes de polillas acrobáticas que parecían estrellas fugaces.

En esas cálidas y estrelladas noches de verano, con el rumor del mar a lo lejos, mis amigos y yo charlábamos de cosas raras, extrañas...: de duendes, de seres extraterrestres y horripilantes historias de terror. Contábamos relatos sobre personas que habían visto ovnis o platillos volantes tripulados por seres venidos de otros mundos. Intentábamos imaginar cómo podían ser aquellos seres. Quizá tenían varios ojos, o bocas chupadoras para sorber la sangre de los humanos, o varios brazos, o una cabeza muy grande.

Seguramente serían más inteligentes puesto que podían venir hasta aquí en sus naves intergalácticas. Quién sabe si esos seres de orejas puntiagudas podrían vivir entre nosotros disfrazados o escondidos bajo tierra.

Con trece años realicé mis primeros dibujos de seres de otros mundos. Por entonces me hacía muchas preguntas. ¿Por qué los extraterrestres de las películas tenían unos rasgos tan parecidos a los humanos? Estaba intrigado también por lo que afirmaban algunos testigos, tomados por locos, que aseguraban haber tenido contacto físico con aquellos seres de aspecto humanoide.

En aquellos días me colocaba delante del papel y dibujaba seres extraños. Una vez acabados, observaba algo inexplicable: las figuras que se asemejaban al ser humano me parecían más inteligentes; sin embargo, cuando dibujaba su anatomía horizontal al suelo y sin manos, me resultaban menos inteligentes, más animales. ¿Por qué?



Y, ¿por qué hacía aquellos originales dibujos? Todo era influencia del medio. Comencé a tener experiencias a mi alrededor que parecerán, cuando las leas, fruto de la fantasía. Sin embargo, fueron reales como la vida misma.

Todo lo que voy a relatar puedes tomarlo como un cuento o una novela fantástica. Pero te prevengo de algo importante: hay una parte ficticia, pero también una parte real. Aunque creo que jamás nadie creará ninguna de las dos.

II

Esta increíble historia comenzó en el caluroso verano de 1970, cuando yo tenía trece años. Pasábamos las vacaciones en Galicia, en nuestra pequeña casa de pescadores junto a la playa. Gran parte de aquel verano transcurrió tranquilo, o eso creo, ya que en varias ocasiones perdí la memoria por misteriosas circunstancias. Recuerdo que todo comenzó el día en que mi padre llegó de Madrid para pasar el resto del verano con nosotros. Le esperábamos con impaciencia pues tenía la costumbre de traer el coche lleno de regalos. Así fue, llegó en un día que nunca olvidaré, cuando una gran extensión del bosque se había incendiado. Mi padre apareció en su Citroën dos caballos azul marino, con la puesta del sol. Cuando bajó del coche abrazó a mi madre y la besó con ternura. Acto seguido, observado por los brillantes ojos de ilusión de sus cinco hijos, comenzó el reparto de regalos. Entregó tres vestidos a mi madre, una cocinita para mi hermana Tere, una caña de pescar para cada uno de mis tres hermanos y un grueso libro sobre la vida animal para mí. Mi padre estaba muy dolido conmigo porque había suspendido la asignatura de Ciencias Naturales. Sí, el mejor cazador y conocedor

de bichos había fracasado en lo que más le gustaba en el mundo. Para mi padre había sido un duro golpe y me regaló aquel libro tan especial. Me sentía frustrado y lo único que me desahogaba era dibujar, convirtiendo a mis maestros en alienígenas o terribles monstruos. También había suspendido Lengua y Matemáticas.



El profesor de matemáticas

Durante aquellos días, mientras cogíamos lagartos, culebras y ranas por el campo, una insólita noticia corrió como la pólvora por toda la región. Habían aparecido varias vacas y caballos salvajes muertos. Mi padre se lo comentó a mi madre a la hora de comer.

—Lo misterioso del asunto es que a los animales les han arrancado sus vísceras y no había sangre por ningún sitio. Incluso a los caballos les extirparon la médula espinal, ¿has oído, Mari?

—¡Bah! No creo que tenga mayor trascendencia el asunto, Franco. Lo más seguro es que sean lobos. Últimamente ha habido muchos incendios en los bosques y huyendo, habrán llegado hambrientos hasta la costa.

Mi padre, impresionado por aquellos sucesos, nos prohibió terminantemente que nos alejáramos de casa, advirtiéndonos de que no merodeáramos por el monte hasta que las autoridades no aclararan aquellas inconcebibles muertes. En un periódico local pudimos ver, espantados, las fotos de varias vacas a las que les habían succionado la sangre. Parecían globos desinflados. Los caballos tenían la columna vertebral al aire, arrancada de cuajo. Las fotos eran realmente terroríficas.

Algunas mañanas bajábamos al río. Yo siempre iba equipado con un cazamariposas, frascos y todos los utensilios necesarios para capturar los bichos que merodearan por el agua. Aquel día, mis hermanos Jaime, Javier y yo bajamos río abajo hasta el lugar donde había unas hermosas cataratas. El agua estaba más tranquila. Era el lugar ideal para cazar ranas, tan grandes como la mano. Llegamos sigilosamente hasta la orilla. Nos introdujimos poco a poco en un frondoso cañaveral y de pronto, Jaime nos hizo señas para que permaneciéramos en silencio. Nos

quedamos quietos como palos, mirándonos expectantes, afinamos el oído y escuchamos un ruido de pisadas. Después nos estremeció un leve gemido. Javier se colocó una mano en la nariz indicándonos que olía mal. Era cierto, había un olor parecido al de los circos, olía a fiera. No pude evitar pensar en que el asesino de caballos podía estar escondido en el cañaveral. Al ver las caras de mis hermanos descubrí que ellos estaban pensando lo mismo. De repente, algo se abalanzó sobre mi espalda y aterrado pegué un fuerte grito. Me revolví intentando escapar pero descubrí que se trataba de mi hermano Jaime, que mirándome fijamente a los ojos dijo:

—Creo, Bug, que lo que se come a las vacas es un monstruo mutante, de dos metros de altura con aspecto de murciélago cabreado. Lo más terrorífico que hayas visto en tu vida. Papá y mamá están majaras, se creen que son lobos feroces. ¿Desde cuándo los lobos chupan la sangre y arrancan la médula espinal?

Cuando dijo esto se me puso la piel de gallina. Continuamos nuestra caza de anfibios, aunque solo llegamos a coger unos cuantos renacuajos y una libélula. Después regresamos al pueblo. Cuando el sol comenzaba a desaparecer nos acercamos al chiringuito a comprar polos y chicles. Encontramos a mis padres tomando un café. En la barra, dos marineros charlaban acaloradamente con Fidel, el dueño del bar. Este se acercó a mi padre.

—¿Has oído? Últimamente no ganamos para sustos en este pueblo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi padre.

—¿Has escuchado a estos dos? Aseguran que ayer, mientras pescaban, vieron una intensa luz debajo del agua —dijo Fidel.

—Era tan intensa que atraía a miles de peces —dijo nervioso el marinero—. Era de color azul, algo anormal y, además, se desplazaba. Había algo allí debajo. ¡Lo juro por Dios! Esa endiablada cosa nos dio un fuerte golpe en la gamela, la barca se tambaleó y casi nos hace caer al mar. Fue allí mismo, al lado de la playa. En aquella zona de rocas redondeadas.

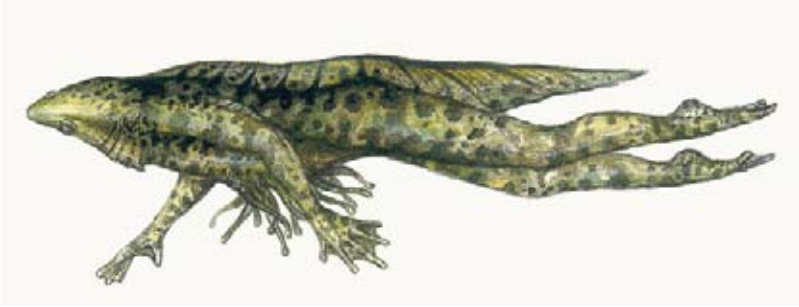
—Además vimos algo muy chocante. Todas las rocas habían sido raspadas. Como si una enorme trituradora hubiera arrancado los mejillones y las lapas —dijo exaltado otro marinero señalando con la mano hacia el lugar.

Cheché me miro de reojo. Pude leer sus pensamientos. Nos despedimos de mis padres y al alejarnos de la terraza le propuse que esa misma noche, cuando todos estuvieran dormidos, fuéramos a investigar la zona del incidente. Quedamos a las dos de la mañana en el soportal de casa. Después de cenar me metí en la cama vestido y esperé con paciencia hasta que oí los intensos ronquidos de mi padre. Cogí dos linternas y una mochila. Cuando bajé las escaleras vi que Cheché ya estaba esperando.

Era una noche clara y la marea estaba bajando. Advertimos cómo una pequeña neblina se extendía por el mar. Bajamos por un atajo que conducía a la playa. El mar estaba en calma y, a lo lejos se podían ver las pequeñas luces de las embarcaciones que faenaban. Nos dirigimos hacia la zona de las rocas redondeadas que había señalado el marinero y comprobamos que era cierto lo que habían contado. Las rocas estaban peinadas, lisas y sin un solo rastro de algas. No había lapas y tampoco mejillones, muy abundantes en esa zona. También vimos una extraña fosforescencia en la parte baja de las rocas, donde miles de pequeños peces mordisqueaban algo en el fondo. Lo que comían eran

lapas y mejillones totalmente desmenuzados, triturados, como si, como decía el marinero, una enorme máquina hubiera raspado las rocas haciendo caer las conchas al fondo. Recorrimos los alrededores. No había nada anormal, tampoco vimos ninguna luz intensa bajo el mar. Tras la infructuosa búsqueda decidimos esperar a que algo sucediera acurrucándonos detrás de las rocas. Pasó el tiempo y nos quedamos dormimos uno sobre el otro.

Pasamos casi tres horas dormidos cuando noté el brazo inquieto de Cheché que me daba empujones. Abrí los ojos y allí estaba la misteriosa luz azul turquesa deslizándose bajo el mar. Las algas bailaban como los brazos del pulpo subiendo a la superficie. Alguien estaba removiendo el fondo. ¿Será un submarino o el mismo capitán Nemo en el Nautilus? pensé, soñando despierto. Fue entonces cuando una enorme estructura metálica surgió lentamente de las aguas. De un flanco del artefacto salió un tubo transparente que se deslizó a ras del agua dirigiéndose hacia las rocas redondas. Del tubo salió, tras una explosión, una viscosa gelatina que quedó adherida a las rocas. Cheché aterrorizado y temblando me agarró el brazo. Una compuerta circular se abrió y salieron varias formas humanas con trajes oscuros, parecían submarinistas. Sin embargo, tenían una gran cabeza y unos enormes ojos. Aquellos seres no eran humanos. Estaban escoltando a una criatura realmente sorprendente. Tenía cuatro extremidades y una larga cola. Era un enorme tritón con aspecto humano. Llegaron hasta las rocas cubiertas de aquella pegajosa gelatina. Los cuatro seres cabezones acercaron al anfibio a las rocas. Cuando posó sus manos membranosas dio un inexplicable gemido. La criatura comenzó a retorcerse con convulsiones. Los quejidos eran continuados. Del tronco salían múltiples tentáculos. Su rostro tenía cuatro ojos.



Uno de los seres, agachándose, se colocó entre las piernas del anfibio y separó sus tentáculos del cuerpo. El anfibio dolorido elevó la cabeza y dio el grito más aterrador que jamás había oído. Hubo un corto silencio y nuestros atónitos ojos vieron cómo expulsaba una pequeña criatura. No lo podíamos creer, estábamos presenciando el parto de un ser de otro mundo. Uno de los humanoides recogió la criatura y la dejó sobre el agua con exquisito cuidado. Esta comenzó a nadar impulsada por una larga cola hasta su madre. Se dieron un intenso abrazo de amor anfibio. La enorme nave comenzó a moverse y vimos cómo otra de las compuertas se abría. Desplegándose una larga pasarela apareció un misterioso hombre con traje y sombrero blanco, parecía un ser humano. Llevaba una maleta y un animal parecido a un perro agarrado por una correa. El ser anfibio, su cría y los cuatro seres entraron en la nave. Fue en ese momento cuando escuchamos un sonido a nuestras espaldas. Nos giramos y vimos una bola metálica del tamaño de una manzana con el objetivo de una cámara.

—Nos han estado viendo todo este tiempo —exclamó Cheché.

—Así es —se escuchó una voz al otro lado de las rocas.

Observamos que se trataba del hombre del traje blanco.



—Desde ahora ya no seréis los mismos —añadió el misterioso hombre.

De pronto la bola nos disparó dos dardos que se clavaron en nuestros cuellos. Comencé a marearme. Me dejé caer sobre las rocas. Mi vista se nubló. Sin embargo, pude ver cómo la enorme nave se elevaba sobre las aguas. Se tornó naranja y, poniéndose de canto, desapareció en el horizonte a una velocidad vertiginosa. También vi al hombre del traje blanco acercándose, pero antes de ver su rostro, perdí el sentido.